

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.

—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 53 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taitbout.—Mánila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

PARTE EXTRANJERA.

Hablábamos ayer en nuestras últimas noticias de un artículo publicado por la *Correspondencia de Berlín* y refutado por la *France*, en el cual Prusia se manifiesta decidida a llevar a cabo su determinación de no desalojar la fortaleza de Luxemburgo, sea cualquiera la opinión que sobre esta punto emitan las Potencias intermedias. Como aquel periódico pasa por ministerial, y en consecuencia por muy enterado de las ideas y propósitos del Gobierno berlinés, nos parece oportuno traducir su artículo, cuya trascendencia es inútil encarecer a nuestros lectores.

Hé aquí, pues, el mencionado artículo tal como lo encontramos en la *France*:

La prensa oficiosa de París supone que las Potencias mediadoras han arreglado ya la cuestión del Luxemburgo de un modo que satisfará todos los intereses. Fuerza es con este motivo consignar una vez más que Prusia no ha dejado un sólo instante de estar satisfecha, ya que esta es la palabra de moda. El Gabinete de Berlín no tenía más que pedir, y se ha abstenido, en efecto, de toda petición. Sometiéndose los tratados de 1839 al examen de los congresos de Viena, de San Petersburgo, ni para adelantarse al juicio de las Potencias, ni menos todavía para ejercer sobre él ninguna influencia.

Persuadida en realidad de lo válido de su derecho, penetrada del sentimiento de los deberes que la voluntad unánime del pueblo alemán le impone, Prusia ha tomado y guardado una actitud expectante; mira sin emoción las dificultades presentes, y considera que su solución se halla desde luego en el mantenimiento del *statu quo*, no como pudiera decirse con una vulgar ironía, porque ese estado de cosas le sea personalmente provechoso, sino porque fundado sobre los tratados, y consagrado por los años, es tan necesario al orden europeo y a la paz general, que ha bastado ponerse en cuestión para provocar la crisis que atravesamos.

Suponiendo que las Potencias mediadoras hubieran concebido otro desenlace que este, nuestra tarea conciliar esta solución con la exigencia nacional que manifiesta la Alemania entera, y por consiguiente, no se comprende cómo el ministerio prusiano habría de suscribir a ella.

No depende, como algunos diarios tratan de hacer creer, no depende de tal o cual voluntad en Berlín, por respetable que ella sea, el nacionalizar en cierto modo la cuestión para resolverla por una concesión que el sentimiento público ha reprobado.

Contra la opinión nacional, tan fuerte en su unanimidad, no existe, ni ascendiente personal, ni autoridad, ni poder con quien la lucha sea posible. Si Mr. de Bismark, colocado entre dos extremos incoercibles, creyese que debía retirándose ante tal imposibilidad, dar así una prueba de su moderación política y de su espíritu de conciliación, que sus adversarios y detractores no se atreverían ellos mismos a pedir, ¿qué sucesores inmediatos vendrían a tomar sobre sí la herencia del poder? No hay que dudarlo: serían los jefes del partido nacional alemán, los unitarios, cuyos sentimientos respecto de lo exterior se han expresado ya por la voz de Mr. Bennigsen, y con este cambio todas las esperanzas de una solución pacífica se desvanecerían.

La *France* no cree posible que el Gabinete de Berlín piense de esa manera. ¡Cómo! exclama: ¿se dice que la única condición aceptable para Prusia es el mantenimiento del *statu quo* pura y simplemente? ¡Cómo! ¿se declara que si las Potencias mediadoras han encontrado una solución distinta a aquella, el ministerio prusiano no puede conformarse? ¿Entonces a qué fin se ha consultado a esas Potencias? ¿Por qué se ha sometido a su examen los tratados de 1839? ¿Por qué se les ha pedido consejo sobre la cuestión de si Prusia tiene o no el derecho de mantener su guarnición en el Luxemburgo?

Todo esto se pregunta la *France*, y a fe que no podemos comprender semejantes preguntas cuando es evidente que la *France* conoce de sobra la contestación. Vamos a ver si nosotros adivinamos esa contestación que la *France* finge ignorar.

Por de pronto, es absolutamente creíble que el Gobierno de Prusia piense, poco más o menos, como la *Correspondencia de Berlín*. El Gobierno del Rey Guillermo cree que tiene un derecho indiscutible para guarnecer la fortaleza de Luxemburgo y para ello se funda y discurre de esta manera: «Yo como representante de la Confederación Germánica, en virtud de los tratados de 1839, ocupaba la fortaleza de Luxemburgo. Disuelta la Confederación, pero unida a mí con más estrechos lazos que nunca, mi derecho no puede caducar, porque si antes yo representaba a la Confederación en Luxemburgo, ahora que la Confederación se ha confundido conmigo, la represento más que antes, y por lo tanto, en vez de amenguarse mi derecho antiguo, se robustece, y aun, si me apuran, se duplica.»

Con este modo de mirar la cuestión no es de extrañar que el Gabinete de Berlín piense en un todo como la *Correspondencia* y no quiera someterse a una decisión contraria a lo que él llama su derecho. Francia, por su parte, cree que no existe tal derecho, pero poco segura acaso de su opinión o muy amante de los amigos compoñedores, pone el pleito en manos de las tres potencias firmantes de los tratados de 1839. Estamos muy lejos de sentir pasión ni aun inclinación hacia Prusia en ningún concepto, pero

confesamos ingenuamente que esta remisión de Francia y esta rebelión de Prusia nos recuerdan sin querer, el juicio de Salomón. Prusia hace el papel de la madre verdadera, y el de la falsa, Francia.

Pero, añade la *France*: ¿por qué se ha consultado a las Potencias firmantes de los tratados de 1839?

¿Por qué? El siguiente parte de París, recibiendo ayer, nos pone en camino de encontrar la contestación:

«Un artículo del periódico *El Constitutionnel*, firmado por Lymayrac, protesta contra la idea de que Francia desea la guerra.»

El Gobierno francés ha creído sinceramente que Prusia, después de sus aumentos de territorio, se dignaría mostrar moderación y consideración a los derechos e intereses de sus vecinos.

No ha visto en el arreglo de la cuestión del Luxemburgo, de conformidad con los intereses de Francia y con los deseos de la población, sino una prenda de paz, y paz duradera.

Francia, sin temer la guerra si es injustamente provocada, quiere paz, y confía en que ninguna duda pueda abrigarse sobre sus intenciones.

Francia quiere paz, Francia trabaja porque la paz no se altere en estos momentos y tiene, a más de la Exposición, mil razones para desearlo. Según ese parte que acabamos de transcribir, Francia no creyó que Prusia, engrandecida y victoriosa, se opondría a la cesión del Luxemburgo. Mas se engañó; y al ver que este negocio podía ser causa de un conflicto, que de ningún modo le convenía, buscó un medio para aplazarlo sin detrimento del honor francés. Retorceder era imposible, porque Francia entera se hubiera levantado contra una idea semejante; ir más allá era suscitar la guerra inmediata.

¿Qué hacer? Apelar al juicio de tres Potencias, encargándoles que no se apresuraran a formularlo, atendida la gravedad de la cuestión: en una palabra, dar tiempo para preparar el ejército, para concluir la Exposición, para buscar alianzas poderosas diciéndole a todo el Mediodía de Europa: «El Norte se nos hecha encima: naciones del Mediodía, elegid entre la influencia prusiano-rusa y la francesa.» O lo que es igual, hacer cuestión de raza lo que había empezado por ser una cuestión de envidias nacionales.

Véase, pues, por qué, a nuestro juicio, se ha consultado a las Potencias firmantes. La *France* lo sabe mejor que nosotros; sospechaba también que Prusia se mantendría en sus trece; pero le conviene presentarse cándidamente indignada contra las pretensiones de Prusia y hacer que Francia parezca a los ojos de Europa como una víctima inocente, obligada por picaros agitados a romper la palabra solemne que dió en el mes de Enero de no alterar la paz.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Berlin, 24.—La *Gaceta del Norte*, periódico semi-oficial, declara que la Prusia no renunciará al derecho de tener guarnición en Luxemburgo, según le corresponde por los tratados.

Florescia, 24.—El Congreso de los diputados ha adoptado el convenio con Francia relativo a la deuda pontificia.

Idem, 24.—La Cámara ha aprobado la convención relativa a la distribución de la deuda pontificia.

París, 25.—El Rey de Grecia llegará el sábado a esta capital, donde permanecerá algunos días. Un despacho de Douvres dice que se ha verificado una gran revista de voluntarios, en la que tomaron parte 25,000 hombres, simulando después un combate entre la escuadra y el ejército.

Lisboa, 24.—El Sr. D. Joaquín Antonio de Aguiar, presidente del Consejo, se encuentra hoy más aliviado.

En la ciudad de Oporto no han vuelto a reproducirse los desórdenes.

El país está tranquilo.

París, 25.—La cotización oficial de hoy es la siguiente:
3 por 100 interior español, 29 1/2.
5 por 100 francés, 65 40 (alza 10 céntos).
4 1/2 francés, 95 90.
Consolidados ingleses, 90 5/8 a 3/4 (alza 1/8).

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 26 DE ABRIL DE 1867.

A LA REGENERACION.

ARTÍCULO I.

Triste y extraña cosa es, por cierto, y muy digna de ser notada que mientras EL PENSAMIENTO ESPAÑOL vive, gracias a Dios, en la mayor armonía y grande amistad con La Esperanza, con La Perseverancia de Zaragoza, diarios autorizados para los católicos-monárquicos españoles, con La Lealtad dirigido por un celoso, infatigable y eruditísimo Sacerdote, se vea a cada momento en la necesidad de esgrimir sus armas contra La Regeneración en defensa propia.

Querriamos, bien lo sabe Dios, prescindir de esta clase de contiendas; querriamos evitar a nuestros comunes adversarios la satisfacción de que indudablemente gozan al vernos siquiera accidentalmente divididos; pero seguros como estamos de que EL PENSAMIENTO ESPAÑOL hace

algun bien a la sociedad, creemos que nuestro deber exige conservar este periódico inólume de toda mancha que pueda menguar en lo más mínimo su poca ó mucha autoridad, y disminuir, por consiguiente, el bien que pueda hacer en nuestra patria. Trabajando en esto, tal es al menos nuestra profunda convicción, trabajamos por la causa a que vivimos consagrados; que no porque La Regeneración sea quien hiera a EL PENSAMIENTO, antes bien por venir el ataque de un periódico católico-monárquico, debemos dejar de procurar que EL PENSAMIENTO ESPAÑOL quede en el lugar que le corresponde, sean cualesquiera las consecuencias que de ello sobrevengan.

De este derecho, que al propio tiempo consideramos como un deber, procuramos usar con toda moderación y prudencia, examinando cuidadosamente lo que basta al fin que nos proponemos, que es el de nuestra legítima defensa, como se echa de ver en la conducta que hasta aquí hemos observado en la polémica que traemos con La Regeneración.

Dió margen a esta disputa un artículo en que La Regeneración se quejaba de que la idea de Donoso no hubiese tenido en la legislatura de 1867 voz que la defendiera ni que la preconizara. Nosotros oímos estas quejas en La Regeneración, y guardamos silencio; y eso que la proposición, tal como resultaba de los términos en que La Regeneración la presenta, envuelve cierta enorme injusticia escondida en expresiones vagas y generales.

En efecto, hay falta de precisión en decir a los quince días de abierta una legislatura que ha de durar meses enteros, y después de la primera discusión política que no duró más de tres días, que la idea de Donoso no ha tenido en la legislatura de 1867 voz que la defendiera ni que la preconizara. Esto pudiera afirmarse al terminar una legislatura: decirlo cuando una legislatura comienza es hablar sin precisión, sin propiedad, formulando un cargo severo contra personas respetabilísimas, que indudablemente en los momentos mismos en que La Regeneración ponía la pluma para quejarse de ellas, estaban pensando, meditando y trabajando, a fin de que las ideas de Donoso no pasaran sin defensa y proclamación en la legislatura de 1867.

Tienen esas personas, esos oradores elocuentes, esos diputados elegidos por su firmeza en los principios católicos, tienen para hablar y para preconizar sus ideas toda una legislatura que puede durar un año, más de un año, y que no durará probabísimamente menos de tres meses, y porque en los primeros quince días, en la primera cuestión importante suscitada en el Congreso juzgan conveniente guardar silencio, La Regeneración viene deplorando ya que en la legislatura de 1867 la idea de Donoso no haya tenido voz que la defienda ni preconice. ¿Es esto justo? ¿Es esto hablar con exactitud y propiedad, condiciones que debe procurar altamente un periódico católico-monárquico, y mucho más cuando se trata de acusar a personas respetabilísimas tan católicas y monárquicas como La Regeneración? ¿Es esto conveniente? ¿Es oportuno? ¿No es mostrar una impaciencia peligrosísima, porque tiende a dividir sin necesidad a los que deben estar unidos, a suministrar armas a nuestros comunes adversarios y a desprestigiar a los que han de llevar la voz de la comunión monárquico-religiosa?

Pues sin embargo de ser esto así, sin embargo de otras consideraciones personales, nacidas de la circunstancia de ocupar el director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL un asiento en el Congreso, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL dejó pasar en silencio el ataque de La Regeneración, por no entrar en polémica con este periódico, por no dar ocasión al gozo de sus adversarios. ¿Cuándo nos hicimos cargo del ataque de La Regeneración? Cuando lo vimos reproducido y comentado por los periódicos liberales: cuando uno de ellos lo personalizó diciendo: «traslado a los señores Nocedal, Cláros, Villoslada, etc., etc.»

De aquí se infiere que nosotros teníamos por quisiémosos deseos de entrar en contienda con La Regeneración.

Pero hay más. Después de haber dicho meramente lo que juzgamos indispensable a nuestra propia defensa en tres párrafos brevísimos, habíamos dado por terminada la cuestión el martes, 25 del corriente: habíamos visto que el miércoles 24, volvía La Regeneración a combatirnos, y esto no obstante, ayer jueves 25, guardamos el más profundo silencio. ¿Quién había de sospechar que La Regeneración, sin aguardar a conocer el resultado que había producido en nosotros su artículo del miércoles renovara ayer sus ataques ó insistiera en ellos con una pertinencia verdaderamente provocativa?

Pues aunque no es fácil sospechar esto en un periódico católico-monárquico, así ha sucedido. Véanlo nuestros lectores.

Decía La Regeneración del miércoles, y ad-

vertimos a nuestros lectores que copiamos íntegro el artículo, sin quitarle ni añadirle una tilde; decía así:

«Días pasados, aparentando contestar al traslado de EL IMPARCIAL, y para contestarnos en realidad a nosotros, EL PENSAMIENTO reprodujo un párrafo de nuestro artículo Desengaño; anoche, de la réplica que dimos a sus palabras, transcribiéndolas íntegras, EL PENSAMIENTO corta otro párrafo, pero lo corta, eso sí, con toda clase de adornos tipográficos, y añade a seguida todo lo que van a leer nuestros lectores, porque nosotros no estamos por el sistema de omisiones ó mutilaciones.»

«Dispénsenos La Regeneración: hoy por hoy no puede hablarse con seguridad de sentimientos ni juicios de gran parte de la comunión monárquico-religiosa, ni siquiera de los lectores de La Regeneración acerca del asunto. Hasta ahora solo conocemos el sentimiento de tristeza de La Regeneración, en vista de un silencio aconsejado por un íntimo amigo suyo, en quien es preciso reconocer grande y bien ganado prestigio entre los monárquico-religiosos.»

Y no decimos más, seguros como estamos de que hasta los lectores de La Regeneración se habrán reído al leer que nosotros tenemos en muy poco los sentimientos y juicios de los católico-monárquicos de España para atender al interés de sus adversarios, ó por no faltar a esta ó la otra conveniencia parlamentaria.

Somos afortunadamente demasiado conocidos para que nos puedan hacer daño estas palabras de La Regeneración.

Dispénsenos EL PENSAMIENTO: hoy por hoy, y desde el día en que se cerraron los debates del Congreso, se puede y se pudo hablar con seguridad de la parte de la comunión monárquica que creyendo tener una representación notable en las actuales Cortes, y ante las actuales circunstancias, y tratándose de los principios fundamentales de todo Gobierno y aun de toda sociedad, no solo no oyó expresar sus ideas ó interpretar sus sentimientos, sino que vio dividida en el voto a esa misma representación muda en los debates. Y por esto creemos más y más que el amigo nuestro a quien con tanta persistencia (y EL PENSAMIENTO sabe por qué) alude nuestro colega, ó no entendió bien lo que se le consultaba, ó no fué bien entendido en su consulta.

Por lo demás, nos basta que EL PENSAMIENTO proteste contra la idea de que él puede tener en poco los sentimientos de los católicos-monárquicos ante el interés ó las conveniencias parlamentarias para darle y darnos el parabién por ello, sin atender a la insinuación nada caritativa para nosotros que acompaña a su protesta. Y tanto es esto así, que, a nuestra vez, solo protestamos contra su última suposición, la del dato que supone hemos querido hacerle con nuestras palabras, sin decir siquiera como él, que por fortuna somos demasiado conocidos para que nos puedan hacer daño las suposiciones y las insinuaciones de EL PENSAMIENTO.

A este artículo no contestamos ni una sola palabra: a este artículo no tratábamos ya de contestar. Pues bien, La Regeneración de anoche, se explica en estos términos, discutiendo en párrafos diversos con EL IMPARCIAL:

«Echada esa rayita para evitar cacofonía de ideas, sigamos con EL IMPARCIAL en lo que se le ocurre sobre nuestras palabras con EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.»

EL IMPARCIAL, tan amable al tratar de Hacienda está inextinguible al ocuparse de esta otra cuestión. Ve por de pronto que «no ganamos para desengañarnos», que «nuestros antiguos amigos se han propuesto matarnos a fuerza de disgustos», y con la santa intención de ayudarnos, después de recordarlo de la candidatura para la presidencia del señor Nocedal, con ciertas frases del mismo señor y otros, nos echa encima estos tres párrafos abrumadores:

«En cuanto a lo que era gran tiempo de hablar, exceptuando la cuestión presidencial, ¿qué motivos de disgusto podían tener de la situación los señores a quienes La Regeneración se refiere?»

«¿Pues qué? ¿No se ha cumplido al pie de la letra la promesa tácita que envolvía el discurso pronunciado por el señor ministro de la Gobernación en el ministerio de Hacienda, y que tan competentemente aplaudió EL PENSAMIENTO ESPAÑOL? La Regeneración en su intranquilidad podrá creer que son cosa baladí estas ó las otras conveniencias parlamentarias, pero el Sr. Nocedal y sus amigos no podían menos de respetar esas prácticas parlamentarias, siquiera no fuese más que como una correspondencia digna a la deferencia de que han sido objeto; y en hombres tan sensatos y conocedores del mundo no era prudente exponerse a ciertos percances, recordando los mismos precedentes de su elección que La Regeneración invocaba.»

Por lo demás, nosotros nos felicitamos de haber dado motivo a las aclaraciones de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, porque parlamentarios por esencia, presencia y potencia, vemos con gusto que van desapareciendo las antipatías que a determinado grupo político decía que le inspiraban las prácticas parlamentarias.—M. F. MARTÍN.

Como queda dicho que estamos abrumados no podemos contestar, y solo tenemos aliento para decir a EL IMPARCIAL que lea la protesta de anteayer del PENSAMIENTO que indica, por lo menos, que el silencio interpretado por EL IMPARCIAL, al par que por nosotros, como amor ó respeto a las prácticas parlamentarias, no significaba tal cosa, sino que significa... no sabemos qué, porque aun EL PENSAMIENTO no nos lo ha dicho, y nosotros, a pesar de rompernos la cabeza, no lo hemos podido hasta ahora adivinar.

Rogamos a nuestros lectores que nos dispensen estas citas tan largas. Puesto que La Regeneración se paga de ellas, no queremos dejar de darla gusto. Pero como este sistema tiene el inconveniente de prolongar demasiado los artículos, nos vemos precisados a suspender aquí el presente, que procuraremos, Dios mediante, continuar mañana.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Ya que a copiar nos hemos dado, no queremos dejar las cosas a medias y vamos a transcribir íntegro, sin quitar punto ni coma, el artículo de EL IMPARCIAL a que La Regeneración contesta copiando de él los párrafos y frasecitas que le parecen convenientes. Por lo visto este

sistema le parece bien a La Regeneración, puesto que lo usa con EL IMPARCIAL, sin perjuicio de censurarlo en EL PENSAMIENTO para argüirle de falta de imparcialidad.

Hé aquí el artículo del diario liberal:

OTRO DESENGAÑO.

La Regeneración no gana para desengaños. Por lo visto se han propuesto matarla a fuerza de disgustos sus antiguos amigos.

Hace pocos días lloraba la pobre á lágrima viva el que las doctrinas de Donoso Cortés no hubieran encontrado, como tenía derecho a esperar, un eco entre los que se llaman representantes de las ideas monárquico-religiosas.

Condolidos de su profunda amargura, dimos traslado de las quejas de La Regeneración a los señores Villoslada, Nocedal, Cláros, etc., etc., para que mitigasen las penas de su cofrade; pero EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, con una crueldad que no tiene nombre, contestó anteayer que nada tenían que ver él y sus amigos con el Sr. Donoso Cortés, añadiendo que, aun cuando el Sr. Aparisi hubiere tenido un asiento en el Congreso, tampoco se hubiese visto defendida ni preconizada la idea de Donoso en esta ocasión, porque todos comprenden que «hay tiempo de hablar y tiempo también de guardar silencio.»

Como era de esperar, La Regeneración ha mirado esta respuesta como un cambio de frente, y añade que «al considerar la situación de 1849 y la situación actual: al recordar bajo todos los puntos de vista la posición de Donoso en aquel Congreso, y al fijarse en la que tienen en el de este año los oradores de su escuela con todos los demás precedentes políticos, incusos los de su misma elección, creemos que era tiempo, gran tiempo, como dicen los franceses, de hablar; recrudesciendo su tristeza como recrudescera la de sus lectores y la de gran parte de la comunión monárquico-religiosa, cuando observe por el acento de desdenosa ironía de alguna frase de EL PENSAMIENTO, lo muy poco en que se tienen sus sentimientos y sus juicios, cuando se trata de atender al interés de sus adversarios, ó simplemente de no faltar a estas ó las otras conveniencias parlamentarias.»

«Sin embargo, y bien examinado el asunto, parecemos que La Regeneración se ha equivocado por su gusto.»

Las personas á quienes alude han rechazado siempre la calificación de absolutistas: el Sr. Aparisi nos dijo un día, aunque ya hace algunos años; que era «un libro que al aire»; el Sr. Nocedal ha estado á punto de ser el encargado de dirigir las discusiones parlamentarias en el próximo Congreso, lo cual no es seguramente indicio de un horror invencible al parlamentarismo, puesto que había de aplicar el reglamento, inculcaba todavía a pesar de los anuncios de reforma; y respecto al Sr. Cláros, que á lo que se dice era quien quería hablar y desistió de su propósito, ya tuvimos ocasión de observar en la legislatura pasada que su representación política estribaba únicamente en el exilio que prestaba al Sr. Nocedal en sus campañas parlamentarias.

En cuanto á lo de que era gran tiempo de hablar, exceptuando la cuestión presidencial, ¿qué motivos de disgusto podían tener de la situación los señores á quienes La Regeneración se refiere?

«¿Pues qué? ¿No ha cumplido al pie de la letra la promesa tácita que envolvía el discurso pronunciado por el señor ministro de la Gobernación en el ministerio de Hacienda, y que tan competentemente aplaudió EL PENSAMIENTO ESPAÑOL?»

La Regeneración en su intranquilidad podrá creer que son cosa baladí estas ó las otras conveniencias parlamentarias, pero el Sr. Nocedal y sus amigos no podían menos de respetar esas prácticas parlamentarias, siquiera no fuese más que como una correspondencia digna a la deferencia de que han sido objeto; y en hombres tan sensatos y conocedores del mundo no era prudente exponerse a ciertos percances, recordando los mismos precedentes de su elección que La Regeneración invocaba.

Por lo demás, nosotros nos felicitamos de haber dado motivo a las aclaraciones de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, porque parlamentarios por esencia, presencia y potencia, vemos con gusto que van desapareciendo las antipatías que a determinado grupo político decía que le inspiraban las prácticas parlamentarias.—M. F. MARTÍN.

Pocas palabras necesitamos para derrivar como un castillo de naipes el precedente artículo, que descansa en un supuesto completísimamente falso.

Dice EL IMPARCIAL que EL PENSAMIENTO ESPAÑOL contesta a La Regeneración que nada tienen que ver él y sus amigos con el Sr. Donoso Cortés. Esto como saben perfectamente nuestros lectores no solo no es cierto, sino que carece absolutamente de toda apariencia de verdad. No hay una sola frase, un solo concepto en nuestras columnas de las cuales puede resultar que nosotros nos desentendemos de los principios sustentados en los últimos tiempos de su vida por el insigne marqués de Valdegamas. Siendo por consiguiente principios nuestros los principios del gran Donoso Cortés, y no habiendo dicho nosotros nada en contra de ellos, mal ha podido mirarse nuestra respuesta a La Regeneración como un cambio de frente, pues uno de los mayores timbres de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, es no haber cambiado ni de frente ni de lado un solo día en los ocho años que lleva de vida.

Hoy, como el primer día en que salió a luz, combate al liberalismo, y cuenta al ilustre marqués de Valdegamas, no menos que al célebre Balmes, como uno de los más gloriosos campeones de la causa que EL PENSAMIENTO ESPAÑOL no ha dejado de defender un sólo día.

Es falso por consiguiente que nuestras aclaraciones sean parlamentarias por esencia, presencia y potencia: falso, porque ni siquiera existen aclaraciones semejantes, y falso, porque aun cuando existieran, sólo probándonos que habíamos escrito en un arrebato de locura, pudieran interpretarse en dicho sentido.

Sin embargo, así escriben la historia los libe-

rales, y así cumple con los deberes que su título le impone un periódico que se llama *El Imparcial*.

Hoy publica la *Gaceta* un Real decreto expedido por el ministerio de Estado, modificando la tarifa de las obenciones de los consules de España en el extranjero, y otro por el de la Gobernación mandando que, para el 15 de Mayo próximo, se establezcan en todos los puertos de la Península e islas adyacentes, las direcciones especiales de Sanidad marítima, en los términos que señala el capítulo 4.º de la vigente ley de Sanidad de 28 de Noviembre de 1855.

Asimismo publica hoy el periódico oficial una Real orden disponiendo que las Direcciones especiales de Sanidad marítima de los puertos de primera, segunda y tercera clase se establezcan por ahora con el personal y sueldos que figuran en las plantillas aprobadas por S. M., sin perjuicio de aumentar el número de celadores y marineros que las necesidades del servicio reclamen, y cuyas plantillas aparecen también en la *Gaceta*.

Por Reales decretos que publica hoy la *Gaceta* han sido nombrados vocales del Consejo de Administración y gobierno del fondo de redención y enganches de los matriculados de mar destinados al servicio de los buques del Estado, el jefe de escuadra D. Ramon María Pery y Ravé y D. Vicente Saenz de Llera, director de la Caja de Depósitos, y declarando cesante en el mismo cargo a D. José María Brehon.

Ha sido declarado cesante el oficial de la clase de terceros del ministerio de Fomento, D. Gabriel José Anduaga, por incompatibilidad entre su empleo y el cargo de diputado.

El discurso del señor ministro de Gracia y Justicia contestando ayer a la pregunta de un señor diputado sobre las causas de destitución de cinco magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, es un discurso excelente para que nuestros lectores, meditando profundamente, puedan deducir consecuencias que arraiguen más y más sus convicciones en las doctrinas que ellos y nosotros sustentamos.

Véase lo que entiende el Sr. Arrazola por Constitución:

«Es una colección de principios, los más absolutos y trascendentes que pueden ser; cada uno es un germen que necesita desarrollarse, y ese desarrollo se le han de dar las leyes orgánicas, que son las que desenvuelven esos principios. Mientras no haya esas leyes, el principio está escrito, nada más; tendremos el derecho constituyente, pero el constituido no; y contra ese principio constituido sin nombre, tiene que venir la ley que le movilice, y en este sentido no es uno solo el principio de la Constitución que está inaplicable e inaplicable.»

Dice La Reforma:

«La *Epoca* y *El Imparcial* de ayer, que con *El Español*, son los únicos periódicos liberales que ven la luz por la noche, aplauden el Real decreto de indulto de que en otro lugar nos ocupamos.

En cambio, *La Lealtad*, *La Regeneración*, *El Pensamiento Español*, y *La Esperanza*, no dicen ni una sola palabra acerca de él.

No obstante, el carácter predominante de estos diarios continuará siendo el religioso.

La observación de *La Reforma* nos parece pura y simplemente impertinente. ¿Qué tiene que ver el carácter religioso con el silencio guardado acerca de un Real decreto que se da a la imprenta por la mañana, y que apenas se ha tenido tiempo de leer?

¿Quién puede dudar de que los hombres verdaderamente religiosos son los únicos verdaderamente misericordiosos, e inclinados de suya a la clemencia y al perdón? ¿Quién duda que el principio a que obedecen al perdonar y al olvidar es muy distinto del principio liberal que siguen los revolucionarios?

Sobre este asunto tenemos escrito mucho que hoy no debemos repetir.

El Español principia a contestar a las proposiciones hechas por varios periódicos para la reducción de los gastos públicos, y consiguiente nivelación de los presupuestos.

En su artículo de hoy, pasa en revista las propuestas sobre reducción de Universidades y supresión de la Central; sobre nivelación del territorio de las Audiencias y disminución del número de estos tribunales; organización civil de las provincias; modificación de la organización militar, sustituyendo a las capitánías generales los grandes departamentos militares; aumento de licencias semestrales; incorporación al ministerio de la Guerra de las direcciones generales de las armas, y reforma en la legislación de aduanas; y sobre nuestros lectores lo que *El Español* acepta de todos esos proyectos económicos de los periódicos. Nada.

Esta es la verdad.

En hacer todo lo enumerado, hay, para el diario ministerial, mayores inconvenientes que en seguir como estamos, y solamente tratándose de circunstancias normales cuya apreciación es arbitraria, le parece bien el licenciamiento temporal de muchos individuos de tropa.

Ayer quedó sobre la mesa del Congreso el dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley reformando algunos artículos de la de reemplazos. La comisión, conforme con las bases esenciales del proyecto que ha examinado, introduce algunas modificaciones que acepta el Gobierno, con quien ha conferenciado acerca de las mismas.

Estas modificaciones se refieren a dejar a la iniciativa del Gobierno, previo el oportuno estudio, las bases del repartimiento, si han de servir para ello el sistema que propone el Gobierno, o la base aceptada por el Senado en el proyecto aprobado en 1850.

También se modifica en cuanto a la formación de distritos especiales de quintas, que no admite; a la sustitución, que se restringe, aunque con arreglo a más lata base; y se establece la redención de las décimas, para evitar inconvenientes que hoy se notan.

Parece que hasta ahora no hay noticia oficial que confirme la de *El Internacional* respecto a que el Gobierno inglés haya manifestado al español que desistiera de toda gestión ulterior acerca del *Tornado*, en el caso, ya llegado, de que se resolviese el expediente de la barca *Reina Victoria* en el sentido que se ha resuelto, que es el mismo que pedía el Gobierno inglés. La noticia de *El Internacional* parece, sin embargo, que tiene algún fundamento; pero lo único que se sabe de positivo es lo que digamos hace días: que el Gobierno inglés no hará más reclamaciones respecto al *Tornado* hasta que

terminen las actuaciones a que este asunto se halla sujeto.

Parece que antes de proceder a la votación en el Senado del bill de indemnidad, se suscitó por la oposición una cuestión previa con objeto de aclarar el verdadero sentido de la votación.

Según dice *La Correspondencia*, el Sr. Carramolino piensa presentar una enmienda al proyecto de ley sobre aprobación de la conducta del Gobierno. En esta enmienda aunque se propone también la aprobación de los actos del Gobierno se hacen indicaciones de cierta gravedad.

Dícese que el Sr. Rodríguez Vaamonde, individuo de la oposición moderada del Senado, parece ser el encargado de interponer al Gobierno acerca de la separación de los ministros del Tribunal Supremo de Justicia.

Hasta el lunes, según digimos ayer, no volverá a reunirse el Senado; en este día se dará lectura al voto particular del Sr. Escudero y a la enmienda que presenta el Sr. Carramolino. Se habla también de otra enmienda de un general importante, pero un periódico conocido de lo que pasa en ciertos círculos políticos duda que se realice el anuncio.

En el presupuesto del ministerio de Gracia y Justicia se han hecho ayer dos millones de rebaja; a los que hay que aumentar los 37,000 duros rebajados ya el verano anterior.

Así lo dice *La Correspondencia* de anoche.

Leemos con satisfacción en *La Esperanza*, y nos asociamos a sus hipotéticas manifestaciones, el siguiente suelto:

«Si es verdad lo que hemos oído en cuanto a que se han circulado las órdenes convenientes para que se provea de los fondos necesarios a las tesorías de provincia donde el pago de las obligaciones eclesiásticas viene experimentando algún retraso, no podemos menos de elogiar la conducta del actual señor ministro de Hacienda, y el elogio será tanto más sincero y digno de aplauso si se confirman las dos especies que han llegado a nuestro conocimiento: es a saber: primera, que las diócesis más atrasadas en sus pagos han cobrado ya la mensualidad de Enero; y segunda, que el señor Barzanallana está resuelto a igualar en la percepción de sus haberes a la dignísima clase del Clero con las demás del Estado.»

Ayer volvió a correr la noticia del fallecimiento del Sr. D. Joaquín Antonio d'Aguiar, presidente del Consejo de ministros de Portugal. Mas *La Correspondencia*, refiriéndose a varios despachos telegráficos, asegura que el Sr. Aguiar ha mejorado algo en su estado que ya ofrece algunas esperanzas.

Un periódico de Sevilla cree saber por conducto autorizado que el Gobierno de S. M., teniendo en cuenta las indisputables ventajas que la capital de Andalucía ofrece para los ejercicios de artillería, ha resuelto trasladar a aquella ciudad la escuela práctica del arma.

En los círculos políticos se calcula que, en virtud del Real decreto que publicó ayer la *Gaceta* e insertamos en la parte oficial de *El Pensamiento*, podrán regresar a su patria unos 2,000 españoles.

Se desmiente lo que se ha dicho de que el duque de Tetuan ha tomado casa en Cambo. Lo único que se sabe de cierto, según dice un periódico, es que el 30 del actual llegará a Bayona con su familia.

Ayer se dio cuenta en el Congreso de haber pasado a situación de retiro el comandante de artillería y diputado a Cortes Sr. Ceballos Escalera.

Dice La Correspondencia:

«Se ha hablado estos días de la probable supresión de algunas provincias. Creemos que hasta ahora carece de exactitud este rumor.»

Han llegado a esta corte, entre otros señores, los Sres. Mascaros y conde de San Juan; el señor marqués de los Altares y D. Alejandro Barrantes. Son esperados el señor barón de las Salinillas y algunos otros.

Hoy es esperado en Madrid el señor general Lersundi.

El conde de San Luis debe llegar también a esta corte a principios de Mayo.

Parece que está acordado que no se verifique este año la jornada de Arañuez.

Los diarios de Valladolid dicen que el señor conde de Cumbres Altas, gobernador de aquella plaza, pasa con igual carácter a la de Cádiz, vacante por haber sido elegido su antecesor diputado a Cortes, puesto incompatible con aquel cargo.

Parece que desde el 1.º de Mayo el capitán general de Valladolid se ocupará en pasar la revista de inspección a todos los cuerpos de las diferentes armas que guarnecen el distrito de Castilla la Vieja.

El regimiento de caballería cazadores de Talavera será el primero a quien revise, saliendo después a relevar los cantones de Palencia y Zamora que hoy cubre el regimiento de la Albuera, que irá a Valladolid de guarnición en reemplazo del de Talavera. Así lo dice un diario de aquella capital.

El teniente general D. Juan Zapatero, inspector general de carabineros, llegó el domingo en el tren de la mañana a Bilbao, acompañado de dos de sus ayudantes de campo; pasó revista a la fuerza existente en aquella villa, y salió por la tarde acompañado hasta la estación por los señores gobernador militar, gobernador civil, jefes de la guarnición, comandante y oficiales de carabineros.

Anuncia un diario de Valladolid que ha llegado a aquella ciudad el señor director general de establecimientos penales.

Dice un periódico:

«Personas que parecen bien informadas de los pensamientos financieros que ocupan en estos momentos la atención del Gobierno, aseguran que no bajarán de 60 a 70 millones las economías que estos últimos días han de realizar todos los ministerios en virtud de las excitaciones hechas en Consejo por el señor ministro de Hacienda para descargarse el capítulo de gastos. Con las economías que se proyectan y algún ligero impuesto se espera llegar a la exacta nivelación de los presupuestos.»

Ayer quedó sobre la mesa del Congreso, remitido por el señor ministro de Gracia y Justicia, un estado del movimiento de magistrados y jueces de primera instancia, desde 1853 a la fecha, cuyos datos habían sido pedidos por los diputados señores Cadorniga y marqués de Sardoal.

Resultado de esta estadística, que por el Sr. Fernandez Negrete desde 53 a 65 fueron separados 13 magistrados y 79 jueces.

Don Nicomedes Pastor Díaz, ni declaró cesante ni jubiló a magistrado alguno, y solo trasladó un juez.

D. Pedro N. Auriolles jubiló un juez.

D. Rafael Monares declaró cesantes dos magistrados y 27 jueces, jubilando además dos.

D. Fernando Alvarez no tocó a los magistrados ni a los jueces.

D. Luis Mayans declaró cesantes dos magistrados y cinco jueces.

D. Lorenzo Arrazola jubiló un magistrado, declaró cesante otro y a siete jueces.

D. Fernando Calderon Collantes jubiló un magistrado y declaró cesantes a tres, jubiló un juez y dejó cesantes 59.

El Sr. Arrazola ha jubilado un magistrado, ha separado 6 y 37 jueces.

Resultan, pues, 30 magistrados cesantes o jubilados, y unos 200 jueces.

Resulta además, que han sido trasladados, sin solicitarlo: 202 jueces por el Sr. Negrete; 5 por el señor Pastor Díaz; 72 por el Sr. Monares; 42 por D. Luis Mayans; 63 por D. Lorenzo Arrazola en 1865; 150 por el Sr. Calderon Collantes, y 73 por el Sr. Arrazola en la época actual.

Según dice *El Imparcial*, a los presupuestos generales del Estado se acompañarán otros proyectos especiales de ley, financieros.

Antes de entrar en la orden del día, se presentó ayer por escrito en la mesa del Congreso la interposición siguiente:

«En uso del derecho que me concede el art. 156 del Reglamento, dirijo al señor ministro de Hacienda una interposición sobre el estado de la Hacienda pública, los medios que juzga el señor ministro necesarios para mejorarla, y la conveniencia de que sin tardanza se ante al Congreso explicaciones bastantes para poder apreciarlos.

Palacio del Congreso, 25 de Abril de 1867.—José Polo de Bernabé.»

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Cleto y San Marcelino, y la traslación de Santa Leocadia.

SANTOS DE MAÑANA. San Toribio de Mogrovejo. Arzobispo de Lima, y San Pedro Armengol.

GILLOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Santo Tomás, en donde continúa la novena del Santísimo Sacramento. A las diez será la Misa mayor, en la que predicará D. Ramon Escudero, y por la tarde, en los ejercicios, dará el sermón don Vicente Pastor.

En la parroquia de Santiago comienza una devota novena a la esclarecida hija de Madrid, la Beata María Ana de Jesús. Todos los días comenzarán los ejercicios al anochecer, y hoy será orador don Basilio Sanchez Grande.

Por la noche se cantará la letanía y el *Regina Caeli* en los Italianos, Santa María, Nuestra Señora de Gracia y en San Martín.

VISITA DE LA CORTE DE MADRID.—Nuestra Señora del Socorro en San Millán, o la de los Temples en San Ildefonso.

Se reza de infractiva de Resurrección, con rito semidoble y color blanco, haciéndose conmemoración de Santo Toribio.

CORREO DE HOY.

La *Gaceta* de Baviera desmiente oficialmente la noticia de que Baviera esté ligada con un tratado a la Confederación del Norte.

El Internacional anuncia que el archiduque Alberto, comandante en jefe del ejército austriaco, ha llegado a Pola, donde está haciendo una inspección de los talleres marítimos, y se espera muy pronto la vuelta del almirante Tegethof de los Estados Unidos.

El gran duque de Baden acaba de triplicar, esto es, de ascender a seis mil hombres la guarnición de Rastadt.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. BELDA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 25 de Abril de 1867.

Abierta a las dos y media, se leyó y quedó aprobada el acta de la anterior.

Quedó sobre la mesa un dictamen de la comisión de actas proponiendo la admisión de tres señores diputados.

Se dio cuenta de una comunicación del señor ministro de Gracia y Justicia remitiendo una nota de los funcionarios del orden judicial que han quedado jubilados o sido declarados cesantes durante el actual ministerio.

Pasó a la comisión respectiva otra comunicación del señor ministro de la Guerra participando que el señor diputado Ceballos Escalera había quedado en situación de retiro.

Se leyó el dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de reemplazo, anunciándose que se señalaría día para su discusión.

Interpelación del señor marqués de Sardoal.

El señor marqués de SARDOAL: Hallándose presente el señor ministro de Gracia y Justicia, desearía explicar la pregunta que tengo anunciada. Versa esta sobre la destitución de cinco magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, en contravención a lo que dispone el art. 69 de la Constitución. Dije el otro día, cuando S. S. no se hallaba presente, que usaría de mi derecho en ocasión oportuna. Hoy, pues, reproduzco la pregunta, reservándome el de convertirla en interposición si la contestación de S. S. no me satisface.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: El caso a que se refiere el señor marqués de Sardoal no es el único en su especie; son por desgracia muy repetidos: así la contestación a S. S. es muy sencilla. La causa de las separaciones de los respetables magistrados a que se refiere el señor marqués ha sido la misma de todos los partidos sin excepción.

Todos los funcionarios públicos, cuando han empleado en iguales circunstancias una actitud hostil contra el Gobierno, ya tomando parte activa en la política, ya fulminando votos de censura, han sido objeto de iguales medidas, obrando en tales casos, lo mismo los Gobiernos del partido progresista, que los del partido moderado o unionista.

El señor marqués de SARDOAL: La contestación que acaba de darme el señor ministro de Gracia y Justicia es igual a la que me dió el otro día el señor ministro de la Gobernación.

No siendo, pues, satisfactoria ni una ni otra, le ruego que me diga si se halla dispuesto a contestar a la interposición que me propongo dirigirla.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Puede S. S. hacerlo.

El señor marqués de SARDOAL: Señores, nuevo yo en la vida pública, sin más compromisos que los

contraídos con mi conciencia, ni la pasión política me agita, ni me impulsan el odio ni los resentimientos personales. Hago esta declaración, porque no es mi ánimo levantar aquí tempestades, ni mortificar el amor propio de ninguno de los señores ministros.

Con profundo pesar me levanto en defensa de la justicia y de la Constitución, que creo violadas, a denunciar un acto con que el Gobierno ha enriquecido el interminable capítulo de sus culpas.

Este Gobierno, que ha consignado en un documento solemne que es lícito prescindir de la ley para perseguir a los revolucionarios; este Gobierno, que ha erigido en régimen la arbitrariedad, y al empezar la legislatura se ha presentado pidiendo el perdón de las violaciones cometidas; cuando aún no le habíamos concedido ese perdón, añadía oficialmente una violación más a las anteriores y coronaba con una nueva infracción sus pasados desaciertos.

Hay principios que nunca deben discutirse, pero que es preciso recordar.

Tres son los poderes que figuran en toda Constitución, y su independencia constituye la índole y sustancia del Gobierno representativo, conduciendo la confusión de estos poderes al despotismo. Figúrense, señores, por un momento que se da a un solo hombre la facultad de hacer las leyes, de administrar justicia y eclesiástica, y entonces podréis decir con Montesquieu que todo se ha perdido. Abrid la historia: ved lo que han sido las repúblicas italianas, con especialidad la de Venecia: fijáos en la Convención francesa y en el proceso de Luis XVI, y encontrareis la triste consecuencia de esa confusión de poderes.

Por eso, señores, este principio de la división de los poderes figura al frente de todos los Códigos. En Inglaterra, no obstante lo tradicional de su Constitución, el poder judicial es tan independiente, que si fuera posible que una ley restableciera la esclavitud o suspendiera el *Habeas corpus*, el poder judicial bastaría a destruirla como contraria a los precedentes. Entre nosotros, que carecemos de esa tradición, ha sido preciso encomendar los derechos más sagrados a unos cuantos pliegos de papel; y he aquí, señores, por qué de nada sirve que la Constitución consigne ciertos derechos, si vienen leyes como la de imprenta y de orden público, que osharán sellar los libros y os arrancarán de vuestro hogar. Y como si esto no bastase, viene después lo que se llama interpretación de las leyes, y con ella la Constitución se convierte en una ilusión, en una esperanza frustrada.

Pues bien, señores, de estos tres poderes a que me refiero, el más respetable e importante es sin duda el poder judicial. El poder judicial, como aquí se ha dicho con elocuencia, resume todo el pensamiento social, porque si los hombres renunciarán a la libertad de las selvas y de los bosques, fué por buscar la protección de sus bienes y la seguridad de sus personas. Esta es la alta misión del poder judicial, y sin la inamovilidad no puede llenarla. ¿Que independencia ha de tener para emitir sus fallos el juez que depende del capricho de un ministro? ¿Todavía hay en España quien sabe correr el riesgo hasta de la miseria por mantener sin mancha la toga, y los dignos magistrados destituidos el 10 de Abril, sin vivo ejemplo de esta verdad. Ellos han probado que la magistratura española no ha descendido de su alto lugar.

El derecho constituyente viene en razón del constituyente; el art. 69 de la Constitución dice lo que todos sabéis. Pues bien, en virtud de qué principio han sido depuestos esos dignos magistrados? ¿Hay una sentencia eclesiástica, un motivo fundado que autorice al Gobierno para separarlos? ¿Pensáis llevarlos a la barra del alto Cuerpo colegislador? Se ha violado, pues, el artículo constitucional, y para justificarlo se invoca la razón de orden público. Yo no creo que el orden se hallase tan comprometido en aquellos momentos que exigiera tanto sacrificio; el orden nunca se asienta sobre bases más sólidas que cuando descansa sobre la justicia.

Pero además del art. 69, se ha violado también el art. 45 de la Constitución. Este, al referirse a las categorías de las personas elegidas para el Senado, comprende a los magistrados de los Tribunales Supremos, pero fijando, entre otras, la condición de que disfruten de 50,000 rs. de renta o sueldo de empleos que no puedan perderse.

Señores, el Gobierno al separar esos magistrados, si son posteriores a la ley de 1845, les ha quitado, privándolos de los 50,000 rs. de sueldo, una de las condiciones indispensables para que sean señores.

El señor ministro de Gracia y Justicia nos ha repetido hoy la razón de la costumbre, los precedentes. Yo no soy abacera de Gobiernos anteriores; pero no creo que puede presentarse un caso igual al de que se trata. La víspera del Domingo de Ramos de 1855 apareció en la *Gaceta* la dimisión del señor marqués de Girona, que prefirió dimitir a suscribir un decreto separando a un magistrado. Pues bien, en la antevíspera del último Domingo de Ramos ha aparecido otro decreto, suscrito por un ministro a quien se refiere el de 1855, destinando a cinco magistrados del Tribunal Supremo. Este precedente podréis invocar. La historia, es verdad, está sembrada de ellos; pero no los busquéis, que un borron no quita otro borron.

Señores, cuando el país tras largas vicisitudes entró en las vias constitucionales, la *Gaceta* publicó un decreto que voy a leer, que honra mucho al Sr. Fernandez Negrete, que es el ministro que le dió. Por este decreto se agregaron a las audiencias, en clase de supernumerarios, todos los magistrados cesantes, y este decreto fué sancionado por la ley de presupuestos, que dispone que de cada tres vacantes que ocurrieran, se dieran dos a los cesantes. Fué sancionado también por uno de los artículos de la ley hipotecaria, en que se prefirió para el cargo de registradores a los que hubieran sido funcionarios del orden judicial. Se ve, pues, que había el propósito de entrar en una nueva senda de cumplir el precepto constitucional.

Desde entonces, señores, ya no hubo tres barajas de magistrados, una para cada partido: ya no hubo justicia progresista, justicia moderada, ni de Union liberal, sino justicia de la nación española.

Ha invocado el señor ministro como razón la costumbre. ¿Es posible que un jurista como el Sr. Arrazola pueda creer que constituye costumbre la repetición de actos injustificables y que son una violación flagrante de la ley?

No se puede invocar la costumbre contra la ley, cuando no ha pasado el período de 50 años: no hay tres sentencias dadas en ese período contra el texto de la misma ley. Además, la Constitución no es una ley civil que puede caer en desuso; es la fuente de donde toman todas origen y vida; y, señores, si queremos que lleguen al mar los ríos, no sequemos los manantiales.

Se invoca también el principio de la interpretación: el señor ministro sabe que nada hay más peligroso que interpretar el espíritu de la ley, pues si la palabra sirve siempre a la intención, esta no sirve siempre a la palabra; y como dice Beccaria, interpretar arbitrariamente es romper todos los diques y abandonar todas las leyes a la corriente de las opiniones. Así el Gobierno rompiendo todos esos diques, se ha desbordado hasta llegar al abismo, para ponerse en la alternativa de soportar su yugo o aceptar una de esas crisis, a veces provechosas, pero dolorosas siempre, que acompañan a las transformaciones de los pueblos.

No parece sino que el Gobierno se ha propuesto otra política que la de violar las leyes, hasta el punto de que yo creo que el día que le falten leyes que violar, elaborará otras nuevas para tener el placer de conculcarlas. El primer deber de un Gobierno es el cumplimiento de la ley.

Yo soy joven, soy nuevo, mi voz no es autorizada; pero me atrevo a pedir al Gobierno que

diga con franqueza cuál es su política, que no se esduse con los principios del partido moderado que jamás practicó esa política, que diga la verdad, y que se arranque de una vez el disfraz que le cubre para que España y la Europa puedan contemplarle en toda su desnudez.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Señores, en el discurso del señor marqués de Sardoal hay dos partes: es la una, una digresión sobre la vida del ministerio, que según él no ha hecho más que conculcar todas las leyes, y es la otra una exposición del suceso del día.

¿Qué puedo yo decir, señores, respecto a la primera cuestión, respecto a las violaciones que el Gobierno se ha visto precisado a cometer para salvar la sociedad y el orden; qué os puedo decir, repito, después del testimonio solemne de esta Cámara aprobando su conducta? Vengo, pues, desde luego a la cuestión del día. Cinco dignos magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, que son señores, han sido separados de sus cargos. Preguntaba el señor marqués las causas de esta separación: se le han indicado desde luego; pero su señoría, conociendo que si hablaba como hombre de partido hablaba desautorizado y contra la historia de su mismo partido; se ha replegado a su propio campo de diputado nuevo, de hombre nuevo, y en este terreno nos quiere combatir. Señores, el hombre político que se afilia en un partido, que adopta sus creencias y su bandera, tiene que adoptar sus tradiciones y su historia, y no puede desprender lo que está amalgamado. El señor marqués de Sardoal no puede hacer esto, porque es caballero, y en este momento no puede rechazar los actos del partido que se llama *Union Liberal*; no puede, por tanto, rechazar la historia de ese partido. Pero ¿qué hay aquí después de todo? Se invoca a cada paso la Constitución; se cree abrumar al adversario invocando sus principios. La Constitución se presta al examen, al análisis, al estudio; y el señor marqués de Sardoal, que nos ha demostrado hoy que ha seguido con fruto su carrera, sabe lo que es una Constitución.

Es una colección de principios, los más absolutos y trascendentes que pueden ser; cada uno es un germen que necesita desarrollarse, y ese desarrollo se le han de dar las leyes orgánicas, que son las que desenvuelven esos principios. Mientras no haya esas leyes, el principio está escrito, nada más; tendremos el derecho constituyente, pero el constituido no; y contra ese principio constituido sin nombre, tiene que venir la ley que le movilice, y en este sentido no es uno solo el principio de la Constitución que está inaplicable e inaplicable. ¿No dice la Constitución que unos mismos Códigos regirán en toda la Monarquía? ¿No dice que las provincias de Ultramar se regirán por leyes especiales, y sin embargo ni rigen unos mismos Códigos, ni existen esas leyes especiales? Se harán sin duda unos y otros; pero mientras, el Gobierno providencia, y esto es gobernar.

Hay en la Constitución tres principios, cuya aplicación será imposible sin las leyes orgánicas. La inviolabilidad del senador, la autoridad del poder soberano ejecutivo sobre los empleados públicos y la inamovilidad judicial: tres principios importantes, pero que se pisan entre sí.

La inviolabilidad e inamovilidad del senador: si no se trata más que de un senador, meramente senador, que no tenga miedo, que emita sus razones y sus votos, nadie le inquietará; pero ese senador toma voluntariamente un cargo público que le subordina a la acción del poder ejecutivo, y ya hay en una actitud dos individualidades, el senador y el empleado. La Constitución no dice que cuando un senador admita un destino quede libre de la protección que le da la ley; pero, sin embargo, no puede desconocer que el senador empleado no está en el mismo caso que el senador que no lo es.

Y yo pregunto al señor marqués: ¿se ha desenvuelto en leyes orgánicas el principio constitucional de la inamovilidad judicial? Porque en la vida social no hay que hablar sólo de derechos; hay que hablar de deberes. El juez y el magistrado tienen derechos sagrados; pero tienen también deberes. Pues qué, ¿no tienen responsabilidad? ¿No tienen que estar subordinados al Gobierno que los nombra? S. S. no desconocerá, por tanto, que la magistratura, al aceptar cargos políticos, se constituye en una situación que traza perfectamente en pleno Parlamento el señor duque de Tetuan, entonces conde de Lucena. ¿Que no me hablen de inamovilidad judicial, decía; está escrita en la Constitución; pero en la práctica es imposible. (Rumores de aprobación.)

Yo creo también, señores, digo a mi vez, que la política y la justicia son incompatibles; y ay de aquel país a quien se haga el triste legado de una justicia política! Algo hay pues aquí que evidencia, que cuando ocurren casos como este, por la práctica piadosa de ponernos al lado de la víctima, se decide todo en su favor y se juzgan los hechos por simpatías y por benevolencia. El que me demuestre que entre esos tres principios no hay oposición ni repugnancia, que son derecho constituyente y constituido, y que no necesitan ser desarrollados, confieso que me habrá convencido, y al mismo tiempo que a mí a tantos hombres de todos los partidos, que raro es el que no ha sentido esa misma necesidad.

Esto en cuanto a la teoría constitucional. Ahora voy a decir algunas palabras en la cuestión práctica. ¿Cómo nos habla el señor marqués de la inamovilidad judicial, haciendo un cargo a este Gobierno por no respetarla, cuando constantemente, desde el promotor fiscal hasta el presidente del Tribunal Supremo, han sido víctimas de los cambios políticos, sin que nadie se irrita ni escandalice por eso? Pasa la vista el señor marqués sobre el estado que he remitido, a petición de un señor diputado, de los jueces y magistrados separados sin causa desde la Constitución de 1845. A 175 togados ascienden los declarados cesantes por todos los ministerios de todos los partidos: 200 jueces de primera instancia, y entre los magistrados hay 12 del Supremo de Justicia y un presidente. ¿Dónde está, pues, la inamovilidad judicial? ¿Es que en el mundo no queda más que un solo hombre que la respete, que es el señor marqués de Sardoal? Ya verá lo que le pesa si sigue muchos años en el sendero que ha emprendido.

En 1849, el Gobierno de aquella época tuvo a bien mandar al extranjero a un dignísimo senador, capitán general de ejército, para ciertos asuntos del servicio; llegó la apertura del Parlamento, y el senador hizo una exposición pidiendo que se le permitiera venir a ocupar su puesto en la Cámara.

Fui nombrado individuo de la comisión que debía informar sobre esa exposición; y hombre de gobierno, que respeta siempre el principio de autoridad, declaró en aquel dictamen que «sin desconocer la facultad que tenía el Gobierno de disponer de los señores militares, creía la comisión que debía permitirle a aquel digno patriota venir a ejercer sus funciones de senador.»

Ya estaba, pues, planteada la cuestión en su más alta escala; llegó la discusión de este dictamen, y al empezar el ministro de Gracia y Justicia, a cuya

